

gustase la lectura y entendiéndose de pinturas. Entonces sabría que nunca son completas semejantes colecciones, y que la privación de lo que les falta causa mas sentimiento que el no tener nada. En esto la abundancia es la miseria; no hay uno que forme colecciones que no lo haya experimentado. Un inteligente no debe formarlas: quien tiene un gabinete para enseñar á los otros, acreditada que no sabe servirse de él para sí propio.

El juego no es diversion de hombre rico, sino recurso de un desocupado; y mis placeres me darian sobradas ocupaciones para tener tiempo que emplear tan mal. Yo no juego, siendo solitario y pobre, si no es alguna vez al ajedrez; y aun eso está de mas. Si fuese rico, jugara menos todavía, y solo un juego muy flojo, para no ver á nadie desazonado, ni quedarlo yo. En la opulencia, careciendo de motivo el interés del juego, nunca puede convertirse en furor, como no sea en un alma avara. Las ventajas que puede sacar un hombre rico del juego, siempre son para él menos sensibles que las pérdidas; y como la forma de los juegos moderados, que al cabo de tiempo se lleva los beneficios, hace generalmente que traigan mas pérdidas que ganancias, no es posible que quien discurra bien se aficione á un pasatiempo en que están contra él los riesgos de toda especie. El que lisonjea su vanidad con las preferencias de la fortuna, puede buscarlas en objetos mucho mas importantes; y estas preferencias no son menos manifestas en el juego mas flojo que en el mas fuerte. La afición al juego, fruto de la avaricia y del aburrimiento, solo se arraiga en un entendimiento y un corazon vacío; y me parece que tendria yo los suficientes conocimientos y sensibilidad para no necesitar de este suplemento. Rara vez vemos que se diviertan mucho los pensadores en el juego, que suspende el hábito de meditar, ó le dirige á combinaciones áridas; por eso uno de los bienes, y el único acaso, que ha producido la afición á las ciencias, es amortiguar un poco esta sórdida pasión: mas gusta uno de probar la utilidad del juego, que darse á él. Yo le combatiría entre los jugadores, y mas me divertiría en reirme de ellos cuando los viese perder, que en ganarles su dinero.

El mismo seria en mi vida privada que en el trato de sociedad. Querría que mi riqueza dejase á todo el mundo á sus anchas, y á nadie hiciese sentir la desigualdad. El oropel de los atavíos es muy incómodo bajo mil conceptos. Para conservar con la gente toda la libertad posible, quisiera yo vestirme de manera que en todas las condiciones pareciese que estaba en mi lugar, y que en ninguna me distinguiesen; que sin afectacion ni mudanza en mi persona, fuese plebe en los barrios bajos y hombre de buena sociedad en los céntricos. Mas dueño así de mi conducta, podria siempre disfrutar de las diversiones de las personas de cualquiera condicion. Dicen que hay mujeres que cierran la puerta á los que van con botas y pantalon, y no admiten á los que no llevan medias de seda y vestido serio: yo iria á pasar el dia á otra parte; pero si fuesen jóvenes y bonitas, tal vez me podria poner de medias y vestido serio para pasar la noche con ellas.

El único vinculo de nuestras sociedades seria el mútuo cariño, la conformidad de gustos, la concordancia de caractéres: me abandonaria á ellas como hombre, y no como rico; nunca consentiria que su embeleso le envenenase el interés. Si mi opulencia me hubiese dejado alguna humanidad, repartiria lejos mis servicios y mis dádivas; pero querría tener en torno mio una sociedad, y no una corte; amigos, y no clientes; no seria patrono de mis convidados, que seria su huésped. La independencia y la igualdad dejarían á mis conexiones todo el candor de la benevolencia; y no teniendo cabida ninguna el interés ni la obligacion, solo el contento y la amistad dictarian la ley.

Nadie compra su amigo ni su dama. Fácil es poseer mujeres con dinero, pero es el modo de no ser amante de ninguna. Lejos de ser venal el amor le mata infaliblemente el dinero. El que paga, aunque sea el mas amable de los hombres, solo porque paga no puede ser amado mucho tiempo. En breve pagará por otro, ó mas bien será pagado este otro con su dinero; y en este doble vinculo, formado por el interés y la disolucion, sin amor, sin honor, sin verdadero deleite, la mujer codiciosa, infiel y miserable, tratada por el villano que recibe

como trata ella al tonto que da, se desquita así con ambos. Fuera cosa muy suave ser generoso con lo que se quiere, si esto no convirtiese el amor en trato. Solo un modo sé de contentar esta propension sin envenenar el amor, que es dárselo todo á su dama, y que ella luego mantenga á su amante. Falta saber si hay mujer con quien este modo de portarse no fuese una extravagancia.

El que decia: «Yo poseo á Lais, sin que ella me posea,» decia una expresion necia. La posesion que no es reciproca es nula: cuando mas es la posesion del sexo, mas no del individuo. Ahora bien, donde no se halla lo moral del amor, ¿á qué viene meter tanta bulla con lo demás? No hay cosa que con mas facilidad se encuentre. En esta parte, es mas afortunado un pobre, que el poseedor de millones.

¡Oh, si pudiésemos desenvolver bastantemente las inconsecuencias del vicio, cuán lejos le veriamos del logro de sus esperanzas, cuando alcanza lo que anhela! ¿Por qué esta ánsia inhumana de corromper la inocencia, de hacer una víctima de una flor en capullo que hubiéramos debido amparar, y que dado este primer paso se hunde inevitablemente en una sima de miserias, de donde no saldrá sino con la muerte? Brutalidad, vanidad, necedad, error, y nada mas. Este mismo placer no es natural, viene de la opinion, y de la mas vil opinion, pues nace del desprecio de si propio. El que se reconoce el último de los hombres teme la comparacion con cualquiera otro, y quiere pasar el primero á fin de ser menos odioso. Ved si los mas apasionados á este plato imaginario son nunca mancebos amables, dignos de agradar, y que fueran mas disculpables en ser mal contentadizos. No: con buena presencia, mérito y sensibilidad, poco se teme la experiencia de su amada; con una justa confianza se le dice: «Tú conoces los deleites, no importa; mi corazon te los promete completamente desconocidos.»

Pero un sátiro viejo, gastado con la disolucion, sin gracia ninguna, sin miramiento, sin atencion, sin ninguna especie de decencia, incapaz, indigno de agradar á toda mujer que sabe lo que es una persona amable, cree que todo esto lo suple con una jóven inocente, ade-

lantándose á la experiencia, y excitando en ella la primera emoci6n de los sentidos. Su postrer esperanza es agradar, valido de la novedad: sin disputa este es el motivo secreto de su antojo; pero se engaña, que no está menos en la naturaleza el horror que causa, que los deseos que quisiera inflamar. Tambien se le frustra su loca esperanza: esta misma naturaleza cuida de reivindicar sus derechos; toda muchacha que se vende se ha dado ya, y habiéndose dado á su gusto, ha hecho la comparacion que él teme. Así compra un gusto imaginario, y no es menos aborrecido.

Yo por mas que mudase haciéndome rico, un punto hay en que nunca mudaría. Si no me queda moral ni virtud, me quedará á lo menos algun buen gusto, alguna razon, alguna delicadeza; y esto me preservaria de gastar mi caudal haciéndome la irrisi6n de todos, corriendo en pos de objetos fantásticos, y disipando mi bolsillo y mi vida en que muchachuelas me engañasen y me escarneciesen. Si fuese mozo, buscaria los deleites de la mocedad; y queriéndolos con toda su delicia, no los buscaria como rico. Si me quedase como soy, fuera otra cosa; prudentemente me ceñiria á los gustos de mi edad; disfrutaria aquellos que puedo gozar, y ahogaria los que solo pueden darme tormento. No iria á presentar mis canas á la desdeñosa mofa de las muchachas; no podria sufrir el ver que mis repugnantes halagos les causaban náuseas, el prepararles que contaran de mí las mas risibles historias, el imaginarlas describiendo los torpes deleites del viejo gimio, de manera que se vengasen de haberlos sufrido. Y si mal resistidos hábitos hubiesen convertido en necesidades mis antiguos deseos, acaso los satisfaria, aunque fuese con vergüenza, y sonrojándome de mí propio. Quitaria la pasi6n de la necesidad; me arreglaria lo mejor que pudiese, y me ceñiria á aquello solo: no convertiria en ocupacion mi flaqueza, y sobre todo no querria tener de ella mas que un testigo. ¡Tantos contentos le quedan á la vida humana cuando estos le faltan! y corriendo en vano tras los que nos huyen, nos privamos hasta de los que nos han quedado. Mudemos de gustos con los años, no saquemos de su lugar ni las edades, ni las estaciones:

seamos nosotros mismos en todos tiempos, y no peleemos contra la naturaleza; que estos vanos esfuerzos consumen la vida, y nos estorban que usemos de ella.

El pueblo no se aburre, su vida es activa; sus pasatiempos, si no son variados, son raros; muchos días de fatiga le hacen que disfrute con delicia algunos de fiesta, y sirve de condimento á los gustos de su estado una alternativa de largos afanes y cortos descansos. En cuanto á los ricos, su mayor azote es el fastidio; en el seno de tantas diversiones á mucha costa reunidas, en mitad de tantas gentes como contribuyen á darle gusto, los consume y los mata el fastidio; pasan su vida huyendo de él y dejando que los alcance; viven abrumados con su inaguantable peso: particularmente á las mujeres que no saben ocuparse ni divertirse, las devora con nombre de flato: se transforma en ellas en una horrosa enfermedad, que á veces las priva de la razon, y al fin de la vida. No conozco mas espantoso destino que el de una linda de la corte, como no sea el de su amante, que convertido tambien en mujer desocupada se desvía por dos caminos de su estado, y aguanta lo perdurable de los días mas tristes que criatura humana pueda vivir, por la vanidad de ser el coco de las damas. El bien parecer, las modas, los estilos que provienen del lujo y del trato fino, encierran el curso de la vida en la mas fastidiosa uniformidad. La diversion que á los ojos ajenos quiere uno aparentar, es perdida para todo el mundo: ni la disfruta él ni los otros (1). Lo ridículo, que teme la opinion mas que todo, siempre está en frente de ella para tiranizarla y castigarla. Nunca se hace uno ridículo, como no sea por formas determinadas: hoy borra la impresion de ayer el que sabe variar sus situaciones y sus contentos: es como nulo en el espíritu de los demás; pero goza, porque está todo entero en cada

(1) Dos damas de la corte, por fingir que se divertían mucho, se habían impuesto la ley de no acostarse nunca hasta las cinco de la mañana. En lo mas crudo del invierno pasaban sus cocheros la noche aguardándolas en la calle, y arropándose mucho para no helarse. Una noche, ó por mejor decir una mañana, entran en el aposento donde pasaban las horas estas dos personas tan divertidas, y las hallan durmiendo cada una en su butaca, y sin que nadie las acompañase.

hora y en cada cosa. Mi única forma constante sería esta; hallándome en una situacion en ninguna otra me ocuparía, y cada día le tomaría en sí mismo, como independiente del anterior y del pasado. Del mismo modo que con la plebe sería plebe, en el campo sería rústico, y cuando hablase de agricultura, no se burlaría de mí el labrador. No iría á levantar una ciudad en el campo, ni á plantar en lo interior de la poblacion unos grandes jardines delante de mí aposento. En la ladera de una amena colina con bastante sombra tendría una casita rústica, una casa blanca con sus puertas y ventanas verdes, y aunque en todas las estaciones el mejor techo sea el de paja, yo, con mucha magnificencia, prefiriera, no la triste pizarra, sino la teja, porque tiene viso de mas alegría y limpieza que la paja, porque así techan las casas en mi país, y porque este techado me traería á la memoria los felices tiempos de mi juventud. Mi patio fuera un corral, y mi caballeriza un establo con vacas, para que me dieran leche á que soy muy aficionado. Mi jardín sería un huerto, y en vez de parque un bonito vergel semejante al que luego describiré: las frutas, á discrecion de los que por él se pasearan, ni las contaría, ni las cogería mi hortelano, y no ostentaría mi avara magnificencia espalderas soberbias que nadie se atreviese á tocar. Y esta corta prodigalidad sería poco costosa, porque escogería mi asilo en alguna provincia remota donde hubiese poco dinero y muchos comestibles, y donde reinasen la pobreza y la abundancia.

Allí reuniría una sociedad, mas selecta que numerosa, de amigos que gustasen de divertirse y lo entendiesen; de mujeres que pudiesen dejar su butaca y tomar parte en los juegos rústicos, cogiendo alguna vez, en lugar de la almohadilla ó los naipes, la caña de pescar, las varetas de liga, el bieldo para estender el leno, y la canasta de vendimiar. Allí se olvidarian todos los estilos de la ciudad, y vueltos aldeanos en la aldea, nos entregaríamos á una infinidad de pasatiempos diversos que cada noche no nos darian otra pena que la de escoger. Con el ejercicio y la vida activa nos hallaríamos con un nuevo estómago y gustos nuevos. Todas nuestras comidas serian banquetes, en que mas que la delicadeza

agradaría la abundancia. Los mejores cocineros del mundo son la alegría, las rústicas faenas, el juego y el retozo; y para gentes que no paran desde que sale el sol, son muy ridículos los platos finos. No habría en el servicio mas orden que elegancia; en todas partes estaria el comedor, en el jardin, en una barca, debajo de un árbol, á veces mas lejos, cerca de un manantial de agua corriente, sobre la fresca y verde yerba, debajo de las copas de chopos y avellanos; una larga comparsa de alegres convidados traería cantando los preparativos del banquete; el césped seria la mesa y las sillas, servirían de aparador las orillas del manantial, y los postres colgarian de los árboles. Serviríanse sin orden los platos, las buenas ganas dispensarian de ceremonias; como cada uno se preferiria sin rebozo á todos los demás, llevaria á bien que todos se prefiriesen á él: de esta cordial y moderada familiaridad naceria sin rusticidad, sin fingimiento, sin sujecion, una chistosa contienda cien veces mas deliciosa que la cortesía, y mas capaz de estrechar los corazones. No habria importuno lacayo que escuchara nuestras palabras, que criticara en voz baja nuestras posturas, que con ansiosos ojos contara nuestros bocados, que se divirtiera en hacernos aguardar para beber, y que murmurara de lo largo de la comida. Seriamos nuestros criados para ser nuestro; amos; todos servirían á cada uno; el tiempo pasaria sin sentir, la comida seria el sosiego, y duraria tanto como el calor del dia. Si pasase junto á nosotros algun campesino que se volviera á su trabajo, con sus herramientas al hombro, le regocijaria yo el ánimo con algunas buenas razones, y algunos tragos de buen vino, que le hicieran llevar mas alegremente su miseria; y yo tambien tendria la satisfaccion de sentirme algo enternecido y decir dentro de mí: «Todavía soy hombre.»

Si reuniera alguna fiesta rústica á los moradores, iria yo de los primeros á ella con toda mi comitiva: si se celebrasen en la vecindad algunas bodas mas benditas del cielo que las de las ciudades, como saben que me gusta la alegría, me convidarian á ellas. Llevaria yo á esta buena gente algunas dádivas sencillas como ellos, que contribuyesen para la fiesta: y en cambio hallaria

bienes de inestimable valia, bienes que tan poco conocen mis iguales; el candor y el contento verdadero. Cenaria alegremente al extremo de su larga mesa; haria coro al estribillo de algunas antiguas coplas rústicas, y bailaria en el portal de la casa con mas gusto que en las máscaras del teatro de la Opera.

Hasta aquí todo va lindamente, me dirán: ¿Pero y la caza? ¿Es vivir en el campo el no cazar? Ya entiendo: Me contentaba con una alquería, y no tenia razon. Supóngome rico; por tanto necesito diversiones exclusivas, diversiones que destruyan: esto es otra cosa. Necesito tierras, cotos, guardas, censos, honores de señorío, y sobre todo horca y cuchillo.

Está muy bien. Pero esta tierra tendrá vecinos celosos de sus derechos, y que querrán usurpar los ajenos; reñirán nuestros guardas, y acaso los amos: ya tenemos altercados, contiendas, rencillas, pleitos por lo menos; y esto no es muy gustoso. No verán mis vasallos con satisfaccion que mis liebres les talen sus trigos, ni mis jabalies sus habas; cada uno de ellos, no atreviéndose á matar al enemigo que destruye sus frutos, á lo menos querrá echarle de su campo: despues que hayan pasado el dia cavando la tierra, será fuerza que pasen la noche en vela para guardarla; tendrán mastines, tamboriles, bocinas, cencerros, y con todo este bullicio me quitarán el sueño. A despecho mio tendré que pensar en la miseria de esta pobre gente, y no podré menos de echármela en cara. Si tuviera el honor de ser principe, poca mella me hiciera todo eso; pero yo, hombre de fortuna, rico de nuevo cuño, tendré todavía algo plebeyo el corazon.

No para aquí; la abundancia de la caza dará tentaciones; en breve tendré cazadores furtivos que castigar; serán menester cárceles, alcaides, corchetes y presidios: bastante duro se me hace esto. Las mujeres de estos desventurados se plantarán á mi puerta y me importunarán con sus clamores; será preciso echarlas ó maltratarlas. Los infelices que no hayan cazado, y cuyas cosechas las hayan talado mis reses, tambien se me vendrán á quejar: los unos serán castigados por haber muerto la caza; los otros quedarán perdidos por no

haber tocado á ella: ¡qué triste alternativa! En todas partes á donde me vuelva, solo veré objetos de miseria, solo escucharé gemidos: me parece que esto debe enturbiar mucho el gusto de degollar á su sabor ejércitos de perdices y liebres casi debajo de sus plantas.

¿Quereis desprender los contentos de lo penoso que hay en ellos? Quitadle lo exclusivo: cuanto mas comunes se los dejéis á los hombres, mas puros los gozareis. Por tanto nada haré de cuanto acabo de decir: pero, sin mudar de aficion, seguiré la que me supongo á menos coste. Estableceré mi rústica mansion en un país donde tenga facultad para cazar todo el mundo, y donde pueda yo disfrutar de esta diversion sin tanto boato. Mas rara será la caza, pero mas habilidad se necesitará para buscarla, y mas gusto será dar con ella. Acuérdomé de cuánto le latia el corazon á mi padre cuando se le presentaba á vuelo la primera perdiz, y de sus raptos de júbilo cuando encontraba la liebre que habia buscado todo el dia. Si, sostengo que solo con su perro, cargado con su escopeta, su bolsa de perdigones, su frasquillo de pólvora, y las pocas piezas que habia muerto, volvía de noche, rendido de fatiga, y rasgado por los jarales, mas satisfecho con el dia que habia pasado que todos vuestros cazadores de estrado, que sin apearse de su caballo, seguidos de veinte escopetas cargadas, no hacen mas que mudar, tirar y matar, sin maña, sin gloria y casi sin ejercicio. Luego no es menor el gusto, y se salva el inconveniente cuando no tiene uno coto que guardar, ni cazador furtivo que castigar, ni miserable que atormentar: sólida razon de preferencia es esta. Hagan lo que quieran, es imposible atormentar á los hombres sin sentir alguna desazon; y las continuas maldiciones del pueblo, tarde ó temprano hacen que la caza nos amargue.

Vuelvo á repetirlo, la muerte del contento son los contentos exclusivos. Los verdaderos pasatiempos son los que participa el pueblo; los que uno quiere gozar solo, ya no los goza. Si las tapias que en torno de mi coto levanto le convierten en una triste clausura, no he hecho otra cosa que privarme á mucho coste del gusto del paseo; y ya estoy precisado á ir lejos á buscarle. El

demonio de la propiedad inficiona todo cuanto toca. En todas partes quiere el rico ser amo, y solo donde no está se halla bien: así se ve precisado á huir siempre de sí propio. Yo, cuando sea rico, haré lo que he hecho siendo pobre. Mas rico ahora con el caudal de los demás que nunca podré serlo con el mio, me alzo con todo cuanto en la vecindad me conviene: no hay conquistador mas resuelto que yo; usurpo hasta á los mismos príncipes; me adjudico sin distincion todos los terrenos abiertos que me agradan; este le hago mi coto, el otro mi terrado, y ya soy dueño de ellos; entonces me paseo por ellos impunemente; vuelvo á menudo para mantenerme en mi posesion; gasto el suelo cuando quiero á puro andar en él; y nunca me harán creer que el legítimo dueño del prédio que yo me apropio saque mas utilidad del dinero que le produce, que yo de su terreno. Y si vienen á vejarme con fosos, con vallados, poco me importa: cojo mi coto á cuestras, y voy á plantarle á otra parte; que no faltan sitios en las inmediaciones, y antes de hallarme sin asilo, todavia tengo muchos vecinos que robar.

Este es un ensayo del verdadero gusto sano para elegir ocios gratos; este el espíritu de gozar: todo lo demás es mera ilusion, devaneo, loca vanidad. Todo aquel que se apartare de estas reglas, por muy rico que fuere, se comerá su oro tornado en estiércol, y nunca conocerá lo que vale la vida.

Sin duda me objetarán que todo el mundo puede gozar semejantes pasatiempos, y que no es necesario ser rico para disfrutarlos. Ahí justamente queria yo venir á parar. Goza contentos quien quiere gozarlos: la opinion sola es la que todo lo hace dificultoso, repeliendo la felicidad lejos de nosotros; y cien veces mas fácil es ser dichoso que parecerlo. El hombre de buen gusto, y verdaderamente sensual, para nada necesita la riqueza; bástale con ser libre y árbitro de sí propio. Quien goza salud, y tiene lo necesario, harto rico es si desarraiga de su pecho los bienes de la opinion; esta es la *aurea mediocritas*, *medianía de oro*, de Horacio. Hombres con millones, buscad otra cosa en que emplear vuestra opulencia, porque para el placer no sirve de nada. Todo

esto no lo sabrá Emilio mas bien que yo; pero, como tiene mas puro y sano el corazon, lo sentirá mejor todavía, y no harán mas que confirmárselo todas sus observaciones en el trato del mundo. Este modo de formar su gusto vale tanto como el de los libros: no le han de decir mas Horacio y Villegas. Falta saber, vuelvo á repetir, si son estos unos preceptos estériles, ó si se adaptan bien con su índole.

Pasando así el tiempo, sin cesar buscamos á Sofia, y no la encontramos. Convenia que no la halláramos tan presto, y la hemos buscado en parajes donde sabia yo de cierto que no habia de estar.

En fin, el tiempo urge; ya es la ocasion de buscarla de veras, no sea que se forme él una que confunda con ella, y sea muy tarde cuando conozca su error. Adios, capital, pueblo famoso, pueblo de estrépito, de humo y de cieno, donde ni creen las mujeres en el honor, ni los hombres en la virtud. Adios, gran ciudad: el amor, la felicidad, la inocencia es lo que buscamos; nunca estaremos bastante lejos de ti.

LIBRO QUINTO.

Ya hemos llegado al postrer acto de la juventud; pero no estamos todavía en la catástrofe.

No es bueno que el hombre esté solo. Emilio es hombre, y le hemos prometido una compañera; menester es dársela. Sofia es esta compañera. ¿En qué lugar está su albergue? ¿Dónde la encontraremos? Para encontrarla, preciso es conocerla. Sepamos antes lo que es, y juzgaremos con mas acierto del paraje donde reside; y cuando demos con ella, no estará todo concluido. «Una vez que nuestro caballero mozo, dice Locke, está para casarse, tiempo es de dejarle con su novia.» Y con esto da fin á su obra. Yo, que no tengo la honra de educar á un caballero, me guardaré de imitar en esto á Locke.

SOFÍA Ó LA MUJER.

Así como es hombre Emilio, Sofia debe ser mujer; quiero decir que ha de tener todo cuanto conviene á la constitucion de su sexo y su especie para ocupar su puesto en el orden físico y moral. Empecemos, por tanto, examinando las diferencias y conformidades de su sexo y el nuestro.

En todo cuanto con el sexo no tiene conexión, la mujer es un hombre: los mismos son sus órganos, las mismas sus necesidades y facultades, la misma construcción es la de la máquina, son las mismas las piezas, la acción de la una, es la de la otra; la configuración es semejante; y bajo cualquier aspecto que los consideremos, solo en mas y en menos entre sí se diferencian.

En todo cuanto con el sexo tiene conexión, siempre se encuentran relaciones entre la mujer y el hombre, y